

307/160

• D.I. Augusto Solórzano

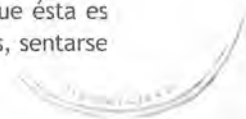
David Hume

la belleza que suscita la comodidad

Poco antes de que se gestara la revolución industrial en Inglaterra, David Hume concibió la idea de que la comodidad podía ser vista como una forma más de la belleza que gratificaba los sentidos y además incrementaba la felicidad humana. Oscilando entre el juego de tensiones característico de la estética del desinterés y el de la estética utilitaria, este empirista considera que la comodidad se constituye en un camino para que la humanidad transite libremente hacia el progreso de todos en general. Persiguiendo consolidar el ideal de un "estilo" que diera cuenta de un gusto refinado, David Hume nos hará ver que la comodidad se constituye en el mayor imperativo de los objetos y de los espacios y, que en busca de ella, el hombre contemporáneo logrará despojarse de unos y otros con mayor facilidad, confirmando así el carácter transitorio que caracteriza la sociedad de hoy.



Para nosotros, los hombres contemporáneos, el confort y la comodidad se constituyen en dos de los más importantes atributos que buscamos a la hora de seleccionar y adoptar espacios y objetos. Sin reparo alguno damos por hecho que uno y otra son más que adherencias que siempre han estado presentes y que constituyen la esencia misma de los objetos. Por naturaleza o sencillamente por adaptación a un código bastante bien constituido, el hombre busca insaciablemente alcanzar la comodidad en cualquier ámbito cultural, pues da por hecho que ésta es sinónimo directo de bienestar y progreso. Desde tomar un autobús, sentarse



en una silla de un cine o un café, seleccionar un vestido o simplemente realizar la búsqueda de cualquier utensilio en el hipermercado, se constituyen en experiencias en las que a toda costa esperamos que la comodidad nos permita alcanzar rápidamente el mayor bienestar posible. Una vez asumimos el rol de usuario -sin importar el ámbito en que éste se desarrolle- esperamos que nuestros esfuerzos sean recompensados por quienes promueven la actividad más importante de la vida de hoy: el consumo.

Buscar la comodidad es ejercitarnos permanentemente en el arte de elegir y de deliberar, y es a través de esas pequeñas deliberaciones que se hace posible satisfacer nuestro amplio apetito por lo interesante.

Como nunca antes en el mundo, fue en la época georgiana que se desarrolla en Inglaterra entre los años 1714 y 1830 donde por primera vez los filósofos empezaron a reflexionar sobre los orígenes, consecuencias e implicaciones que tenía la comodidad en la vida cotidiana de los hombres comunes y corrientes. En lo que se conoce hoy en día como el "arte del buen vivir" estos hombres buscaron introducir el valor de la comodidad en la esfera de la vida doméstica y cotidiana en general y, para ello crearon una especie de laboratorio experimental llamado la casa de campo. En ella, arquitectos, artistas y artesanos se empeñaron por impregnar cualquier espacio y objeto con el aroma de la comodidad, al tiempo que filósofos como David Hume empiezan

a ver que ésta puede ser considerada como una forma de la belleza de la que el común de las personas se hace participe a la hora de buscar lo agradable.

Mientras la industria inglesa promovía el desarrollo de los primeros modelos funcionales de la máquina de vapor, el arte, la arquitectura y el diseño, en general, empezaron a experimentar el sentido de la *diversidad* que dio vida a una amplia gama de productos desarrollados a partir de exhaustivas investigaciones sobre las necesidades de la gente. Poco a poco los pequeños deseos del individuo del común empezaron a ser tenidos en cuenta a la hora de pensar los espacios y desarrollar productos. En cierta medida ello da cuenta de cómo desde mediados del siglo XVIII, específicamente en una Inglaterra aislada de los principales acontecimientos que ocurren en el resto de Europa, la sensibilidad logra ponerse a la misma altura de la razón.

A la vieja pretensión de dignidad y grandeza propia de los momentos trascendentales que había imperado durante muchos siglos en toda Europa y que caracterizó el gusto por lo clásico, se opondrá allí el gusto por la simple *satisfacción* que pretendía introducirse en todos los contextos intrascendentes de la vida cotidiana. La comodidad empieza a ser considerada como un motor capaz de romper parcialmente el pesado tedio de lo siempre igual.

Poco a poco los pequeños **deseos** del individuo del **común** empezaron a ser tenidos en cuenta a la hora de pensar los espacios y desarrollar **productos**.

1- George Dikie dedica la parte final de su texto "El Desorden Estético" a un análisis detallado de la obra de D. Hume. En él resalta la manera en que el filósofo inglés no sólo se empeñó en la tarea de descubrir un conjunto de principios positivos y negativos del gusto, sino que además intentó descubrir un mecanismo que permitiera convencer, o mejor aun, hacerle ver a las personas cognitivamente insensibles las características sutiles que se hallan presentes en los objetos. Esto resulta ser un proyecto de gran envergadura si se tiene en cuenta que lo que D. Hume intentó explicar, es cómo descubrir los principios de gusto que operan en todas aquellas experiencias que le son inherentes a todo mundo, y que producen en nosotros agrado, desagrado o simple indiferencia. Se trata de un proyecto global que intenta dar cuenta de los principios positivos y negativos que nos conducen a emitir permanentemente juicios sobre las características de los objetos, juicios que por demás confirman positivamente un sentimiento y condenan otro. Su Norma del Gusto intenta resaltar por encima de todo que la comunicación de las pasiones alegres suscitan la permanente emisión de juicios de gusto, y que a partir de ellos es que la sociedad condena o confirma los diversos sentimientos. George Dikie "El Desorden Estético" Ed. Gráficas Rógar S.A. Madrid España 2003. pp. 230-259.

A esa ave congelada en el hielo, como ha sido catalogada por Mallarmé o, a esa ciénaga, como la llamaba Flaubert, la comodidad activará un placer que induce la imaginación.

Ya desde el periodo de la Ilustración y luego en la Revolución Francesa, la idea de que la humanidad podía ser participe del disfrute de pequeños placeres cobrará bastante fuerza en el imaginario europeo. Voltaire, por ejemplo, llegó a promulgar que el paraíso terrenal había perdido su lugar supremo y, ahora éste se encontraba disperso por donde uno fuera.

Si se trata de introducir pequeños cambios intempestivos dentro de

esa temporalidad de la vida, tal vez como ninguna otra fuente de placer, la comodidad puede llegar a cumplir cabalmente esa función. Adherida a las cosas y a las actitudes de los hombres, ésta se alimenta de una energía vital para el individuo que empieza a ser modelado en el siglo XVIII. De la mano de D. Hume la comodidad ingresa al ámbito de la normalidad como una forma más de la belleza que interesa por igual a la esfera de lo público y de lo privado, en donde ésta provee un cierto atractivo emocional. Lejos de agotar sus implicaciones sociales la comodidad adquiere el carácter móvil de una cualidad que debe impregnar las cosas y las costumbres en el mundo moderno.

Una vez se empieza a alejar la rigidez característica de las cortes y su subsecuente exceso de etiqueta, los hombres de la época harán una alianza con la practicidad que cambiará sustancialmente la perspectiva en la que se miraba el gusto que antes giraba en torno al lujo aristocrático. Es en este entorno donde la teoría de David Hume¹ hace su aparición. Inmerso en un juego de tensiones propio de la estética subjetivista del placer y la estética objetivista de la utilidad y la simpatía -en la que la moral se basa en tales principios- este autor se interesó por dar cuenta de cómo la utilidad y la comodidad podían ser juntadas con las dimensiones tradicionales de lo bello.

Los orígenes de su teoría tienen hondas raíces en la estética del desinterés promovida por Shaftesbury y F. Hutcheson y, la estética de la utilidad concebida por G. Berkeley. Intentando reconciliar estas dos perspectivas D. Hume enfoca su mirada hacia la comodidad y a cómo ésta ha adquirido una fuerza inusitada dentro de la esfera de la domesticidad. La casa de campo a

la que se hacía mención líneas atrás, se constituye en su foco de interés, en tanto que en ella el lujo, el confort y la elegancia se convierten en tres necesidades básicas que, sin competir con la belleza del arte, debían ser cumplidas como un requisito fundamental que exigía una clase burguesa agobiada por el exceso de trabajo. Por todas las islas británicas se extendió el deseo hacer más efectiva la comodidad y disminuir el tedio de lo cotidiano producto de la incipiente revolución industrial que empezaba a ser una fuerte presencia en Inglaterra y sobre la cual A. Smith -amigo personal de D. Hume- empezaba a vaticinar la manera en que ésta cambiaría radicalmente el mundo.

Para hablar de la teoría humeniana es necesario remitirse a las ideas de proporcionalidad que tiempo atrás había expuesto C. Perrault, las cuales establecían que los principios fundamentales de la arquitectura estaban regidos por la *utilidad* y la *conveniencia*. Este aspecto estructura un pilar fundamental dentro del desarrollo de una comprensión empírica y temporal de la producción utilitaria, ya que abre un camino a la variedad del gusto y, por ende, a su infinita complejidad. Para una estética de la variedad el desarrollo de esta idea pone en evidencia que las formas cambian de acuerdo con el gusto y no al contrario como comúnmente se creía. Con estos parámetros, por primera vez, el gusto es, totalmente guiado por el *agrado*, y éste deviene de la *utilidad* y la *conveniencia* contenidas en una producción utilitaria tutelada desde y por la comodidad.

Dentro de una comprensión empírica y temporal D. Hume parece querer decirnos que la percepción sensorial debe convertirse en la herramienta que le permita al hombre decidir sobre la belleza y, que el gusto personal debe hacer lo mismo sobre lo percibido por los sentidos, para que así, el agrado sea convertido en el criterio determinante de la belleza misma.

La belleza ligada a la utilidad tal como la entiende D. Hume, se constituye en la base que hace posible introducir juicios de gusto sobre la firmeza, la seguridad, el orden, la proporcionalidad y, en general, todos aquellos principios operativos que cumplen determinadas funciones en los objetos y que definen en ellos valores intrínsecos. Dentro de esta teoría *la belleza de la forma no puede diferenciarse de la belleza utilitaria*.

Para que exista una experiencia estética de la belleza en D. Hume se hace necesario advertir una utilidad *diferida*, cuyo disfrute pertenece al otro: satisfacer una necesidad por mínima o extrema que ésta sea, requiere también de un observador que contemple la forma en la que

Para hablar de la teoría **humeniana** es necesario remitirse a las ideas de proporcionalidad que tiempo atrás había expuesto C. Perrault, las cuales establecían que los **principios** fundamentales de la arquitectura estaban regidos por la **utilidad** y la **conveniencia**.

ese alguien satisface con éxito una necesidad. En este sentido, su propuesta se acerca sustancialmente a la idea kantiana de que los juicios de gusto deben ser enteramente comunicables ya que de ello depende la sociabilidad de las personas. Vistas así las cosas la comodidad opera como un mecanismo más que activa la comunicabilidad de las experiencias empíricas en sociedad dentro de esa especie de *ecología natural* que pensó F. Guattari, en la cual, lo cotidiano, una vez teje fuertes lazos con el espacio y con los objetos, genera una socialidad cuyo único objetivo es evitar cuadrangular la vida cotidiana. Al tiempo que la humanidad traza alianzas cada vez más fuertes con el sentimiento universal de la *simpatía*² que suscita en nosotros la comodidad, crece también la facultad de comunicar universalmente nuestros sentimientos; se establece así ese *vínculo de reciprocidad* del que habla recientemente M. Maffesoli a través del cual, lo lógico empieza a perder cada vez más terreno frente al despliegue constante de pasiones y afectos; dos dispositivos que favorecen la comunicación, esto es, el

poder estar juntos y el poder transmitir e integrarse proxémicamente con los demás.

Al hacer de la vida ordinaria una puesta en escena, la burguesía propició el terreno para que el contemplador fuera partícipe del goce simpático del poseedor mismo y de sus bienes burgueses. Ese *otro* que posee las magníficas casas de campo paulatinamente comienza a ser anexado como un motivo más que suscita en nosotros un goce simpático similar al que experimentamos actualmente cuando observamos a alguien en la calle manejar autos o motocicletas que a nuestra vista resultan poco comunes. Así por ejemplo, observar, los adornos de una casa, la vestimenta pintoresca de sus dueños o el mobiliario de la que ésta dispone, se convierten en motivos que promueven el sentimiento vital de bienestar y la comunicabilidad del gusto.

La experiencia de agrado en D. Hume depende enteramente de lo que él llama por un lado *utilitas* -satisfacción que produce la utilidad de algo- y por otro voluptus o satisfacción que sentimos cuando alguien satisface con éxito una necesidad. La observación desinteresada de la utilidad que parte del observador se constituye en una especie de "voyerismo sublimado"³ que se lleva a cabo en un teatro de lo humano donde lo estético aúna la forma, el interés, la utilidad y la comodidad.

2- Basta revisar el parágrafo sesenta y nueve de la Antropología Pragmática de I. Kant titulado "El Gusto encierra una tendencia a fomentar exteriormente la moralidad" para evidenciar aún más cómo es que la comunicabilidad social del gusto se halla fuertemente ligada a la moralidad. Immanuel Kant "Antropología en el Sentido Pragmático" Ed. Revista de Occidente, Madrid España. 1935. pp. 138.

D. Hume parece retomar el fruto de los ideales ilustrados que concebían la idea de que la humanidad tendía hacia el progreso, esto es, el aumento del bienestar del que podemos disfrutar. Bajo su óptica la utilidad y la comodidad se traducen en él en un mecanismo que activa esa prosperidad, una prosperidad que sin importar si deviene del otro siempre tiende hacia el progreso colectivo, por ejemplo cuando experimentamos el gozo al ver que las calles de la ciudad han sido reparadas, la casa del vecino es pintada o, cuando los parques o jardines de nuestro barrio han sido embellecidos.

La perspectiva de belleza bajo la cual D. Hume concibe la utilidad es la que permite, por primera vez, considerar que el agrado y los juicios transitorios y poco trascendentales que de él emanan, producen un tipo de placer distinto al que deviene de las obras de arte y de las ideas sublimes que engrandecen la naturaleza del hombre. Se trata de un sentimiento que va más acorde con la vida cotidiana y a las cosas aparentemente intrascendentes que la constituyen. Desde el placer al percibir una casa bien ordenada hasta una silla tapizada en la que nuestro cuerpo se acomoda plácidamente, se convierten en dignos motivos para ser partícipes de este tipo de juicios, al tiempo que permite también juzgar libremente todas aquellas cosas que no nos pertenecen y que no presuponen una posesión de parte nuestra, pero que curiosamente suscitan un goce desinteresado y agradable.

Dentro del torrente imparable de sensaciones que experimentamos en el diario vivir, D. Hume considera que la *simpatía* ocupa un lugar fundamental a la hora de llegar a entender la belleza como una sensación placentera que emana de una forma cualquiera o de la libre imaginación. Para desplegar toda su teoría, el filósofo determina que debe existir una *delicadeza del gusto* que nos permita percibir los matices más sutiles de un objeto. Disfrutar de la comodidad resulta ser el producto de una larga ejercitación del gusto que nos permite captar ciertas *cualidades disposicionales* a través de las cuales podemos admitir que existen características de los objetos que, por su naturaleza, son propicios para producir en nosotros sentimientos particulares. Es a través de la práctica y la comparación constante que llegamos a mejorar la delicadeza. Una y otra se constituyen en las herramientas necesarias para no permitir la corrupción del gusto y para que

Disfrutar de la **comodidad** resulta ser el producto de una larga ejercitación del **gusto** que nos permite captar ciertas cualidades disposicionales a través de las cuales podemos admitir que existen características de los objetos que, por su naturaleza, son propicios para producir en nosotros **sentimientos** particulares.

el buen sentido evite la influencia de ciertos prejuicios. Mientras más tiempo hayamos dedicado a cultivar nuestro gusto, más fácilmente podemos identificar esas ciertas cualidades disposicionales que producen en nosotros sentimientos de agrado y que nuestro cuerpo y mente traducen como la comodidad misma.

D. Hume considera que lo anterior corresponde a una situación bastante particular en la que es posible disfrutar desinteresadamente de lo que él cataloga como goces interesados. Sentarnos por largas horas en una

silla cuando asistimos a una reunión tiene el objetivo específico de evitar la fatiga del cuerpo. Allí la acción de sentarse está definida por un interés en particular y, sin embargo, es posible disfrutar al máximo de esa reunión una vez encontramos que nuestro cuerpo se acomoda plácidamente a la silla. En esto impera el agrado que suscita la comodidad como un principio universal. Trasladada al plano de la observación del otro que asiste a la reunión y que también descansa cómodamente en su silla, se hace presente el principio ilustrado de la *androfilia* a la que I.

3. Es como si el otro fuese un inconsciente actor teatral, un héroe cotidiano de cuyos éxitos banales -el logro del bienestar diario en el mundo- gozáramos más acaso de lo que él goza de los mismos, en la medida que mediatiza el sentimiento limitado de la inmediatez emocional.

Jorge López Lloret. "De la utilidad de la belleza. Argumentos sobre el clasicismo en la estética de David Hume" En: *Δοκίμιον Revista de filosofía* Nº 28 enero / abril 2003 Universidad de Murcia, España. P. 33.

Kant le dedicara tanta importancia a través de su metáfora del mundo como un teatro en el que se es actor y espectador, simultáneamente.

Más allá de lo anterior y de que D. Hume halle la relación entre la moral y el gusto estético que emerge de la utilidad, lo que interesa resaltar aquí es que el sentimiento de *simpatía*, esto es la aprobación de que lo otro como positivo, induce a un sentimiento contiguo que es mediatizado por una forma, que, ligada a la utilidad, nos introduce en el ojo del huracán de lo temporal, para que desde allí reconozcamos el objeto y sus infinitas posibilidades de goce agradable.

Para D. Hume la utilidad puede desarrollarse de forma empírica y en ella se halla involucrado el progreso. Bien sea en los métodos de diseño arquitectónico, paisajístico o de mobiliario, siempre prevalece ese objetivo para cumplir. En ello el filósofo parece anticipar el objetivo generalizado de las vanguardias del arte y del diseño que buscó eliminar a toda costa el pasado y promulgar el punto cero a partir del cual el mundo debería nuevamente arrancar hacia el progreso.

Tal vez sea en su reflexión sobre el piso de una casa donde se puede evidenciar con mayor claridad el ligue

Mientras más tiempo hayamos dedicado a cultivar nuestro **gusto**, más fácilmente podemos identificar esas ciertas **CUALIDADES** disposicionales que producen en nosotros sentimientos de **agrado** y que nuestro cuerpo y mente traducen como la **comodidad** misma.

progresista de la moral y la utilidad. En su obra “*Los Principios de la Moral*” D. Hume nos hace ver que la reflexión de agrado que produce en nosotros la mera inspección del piso bien diseñado, esto es, cálido y cómodo, es tan sólo parte de un conjunto donde el otro -en este caso el dueño de la casa- con su cortesía y su buen talante también es motivo de reflexión sobre lo agradable que encierra la hospitalidad que nos brinda, el buen trato, los buenos oficios y los efectos que para la humanidad tiene la cortesía. Con lo anterior, el filósofo parece querer decirnos que

Al situarnos fuera de la utilidad eliminamos cualquier ánimo **posesivo** y, es precisamente en razón de ello que es posible **convertir** al otro en un motivo más de **disfrute**.

lo *agradable* emerge de un conjunto formado por la utilidad del objeto y por la mirada que hagamos sobre el *otro*, sobre sus comportamientos, sus costumbres y, por supuesto, sus gustos. En ello ronda un problema moral que da una dimensión muy peculiar a lo agradable: el otro es convertido en motivo de goce

inmediato y, al igual que la utilidad y la disposición de los objetos, es dispuesto en el espacio como un elemento más para que fluya libre y espontáneamente la felicidad, la tranquilidad, la confianza y el sereno que promueven la conversación y la comunicabilidad de los juicios de gusto. Relación trasductiva en la que, a partir del objeto, se deduce la posibilidad de bienestar, al tiempo que de la naturaleza del sujeto es posible derivar la efectividad que ese bienestar tiene para todo el mundo en general. Se trata de un experimento constante en el que la utilidad una vez difiere la satisfacción directa al *sujeto*, le permite a éste experimentar de forma inmediata una agradable simpatía que siempre tiende hacia el desarrollo de un mayor bienestar de todos. Al situarnos fuera de la utilidad eliminamos cualquier ánimo posesivo y, es precisamente en razón de ello que es posible convertir al otro en un motivo más de disfrute.

Con todo lo anterior D. Hume pone en el centro del debate de lo humano ese sentimiento vital que depende directamente de los órganos sensoriales: se trata de una experiencia placentera que en el fondo propende por el esta-

Usar o producir un objeto implica una **reflexión** hacia el reconocimiento de la **utilidad** y de los mejores medios que se deben disponer para lograr un **fin deseado**.

blecimiento de las relaciones sociales a través de las formas empíricas del gusto que se encuentran desplegadas y contenidas en todos los espacios y en todos los objetos; desde la iluminación de una habitación de lectura, los tapizados de los muebles, los nuevos materiales y formas, hasta la disposición rítmica de

una escalera en la que la huella se alarga un poco más de lo normal para que el cuerpo sienta mayor placer al subir o bajar por ella.

Si en I. Kant estas propiedades son consideradas como simples adherencias que se le atribuyen a los objetos con el fin de poder determinar lo que las cosas son, D. Hume parece ir más allá al determinar que tal adherencia hace que la humanidad tienda hacia el progreso. Usar o producir un objeto implica una reflexión hacia el reconocimiento de la utilidad y de los mejores medios que se deben disponer para lograr un fin deseado. Así pues, el placer por la simpatía -entendida ésta como una respuesta inmediata y emocional-, es fundamentada por la comprensión de utilidad: emotivismo y racionalismo se funden y se tornan necesarios; la belleza emerge cuando el sujeto empírico sale a su encuentro, cuando el usuario satisfecho siente que su pecho se hincha de emoción y que la alegría vital que la utilidad lo saca momentáneamente de su rutina, mientras los demás, los otros, le admiran desinteresadamente en la escena teatral del mundo.

Si se mira al detalle, los conceptos de *utilitas* y de *voluptus* condensan la forma en que un usuario común y corriente experimenta la belleza propia de los productos industriales. Aunque hoy por hoy el sentido de la utilidad ha entrado en la esfera de lo efímero y lo transitorio, de alguna forma, ésta continúa siendo un requisito fundamental a la hora de diseñar. Quien ejerce hoy en día el ejercicio profesional del diseño enfrenta el reto de desarrollar productos que persiguen un máximo de comodidad sin que ésta interfiera con el tiempo que la novedad paulatinamente le ha impuesto a la utilidad. La utilidad de los objetos y de los espacios no va más allá del tiempo necesario del que la novedad les impone y ello ha abierto un abismo casi que insalvable entre una y otra. Si bien es cierto que lo transitorio ha consolidado un nuevo sentido del tiempo y de la historia que afecta por igual las relaciones de las personas y el uso de los objetos, también lo es que en el hecho de que la comodidad ha sido el factor más importante para que esto esté ocurriendo actualmente. Persiguiendo la inalcanzable comodidad el hombre contemporáneo logra despojarse de los objetos con una mayor rapidez y tranquilidad. Nuevos materiales, tamaños más reducidos con el doble de efectividad, estudios maximizados de ergonomía y antropometría hacen que evidente-

mente sentimos que detrás de reemplazar las cosas se esconde el objetivo humaniano de un progreso cuya base termina por ser lo agradable. Cada nueva aparición de un objeto en el mercado trae consigo un sinnúmero de estudios detallados que hacen que la forma cambie en aras de un mejor uso o que, sencillamente, éste pueda concebirse con un mayor número de atributos agregados que tienden siempre a la comodidad misma.

De alguna manera concebir la comodidad como una forma más de la belleza que poco y nada tiene que ver con lo bello que promulgó el arte clásico y moderno, deriva en un intento por establecer un conjunto de verdicetos unánimes según los cuales, los juicios de gusto adquieran el carácter universal de la comunicabilidad en el contexto de lo cotidiano, al tiempo que hace que la belleza sea capaz de dar cuenta de sensaciones placenteras que se alejan sustancialmente de los objetivos que perseguía una estética de lo sublime. La comodidad plegada en el mundo de lo útil, da cuenta de la existencia de distintas *bellezas* y distintos *defectos*, que -a manera de «características»- contribuyen a la belleza o a la fealdad misma de las cosas, tal como sucede cuando se añade color a un objeto cualquiera. Bajo la óptica de D. Hume belleza y deformidad pertenecen enteramente a sentimientos internos o externos de las personas, mientras que el gusto implica un sentimiento que depende de valoraciones intrínsecas.

Uno de los puntos más relevantes de toda su teoría, precisa en que no trata de mantener vigente la existencia de una facultad de gusto, así como tampoco intenta especificar fórmula alguna con la cual se pueda designar la belleza global de un objeto (como sí lo hicieron Kant cuando postula la «forma de la finalidad» y el mismo Hutcheson con «la uniformidad en la variedad»).

Tal como lo menciona George Dikie en su texto *“El siglo del Gusto”*, la base de su propuesta está formada por un conjunto de principios positivos y negativos entre los cuales existe un principio supremo que es el que permite tomar decisiones acerca de las características de los objetos y a confirmar o condenar determinados sentimientos.

D. Hume asume que el placer procede de dos fuentes básicas; una, la *belleza de la forma*, que correspondería a la forma o apariencia de los objetos como tal, y dos, de la simpatía y de la idea de utilidad que tales objetos nos ofrecen. Una y otra, atienden a cinco tipos de bellezas distintas (grados de coloración, exactitud imitativa, armonía, diseño y razonamiento) que desen-

Cada nueva **aparición** de un objeto en el mercado trae consigo un sinnúmero de **estudios** detallados que hacen que la forma **cambie** en aras de un mejor uso o, que sencillamente éste pueda concebirse con un mayor número de **atributos** agregados que tienen siempre a la comodidad misma.

cadenan una clara distinción entre *el agrado de la vida y el agrado frente a la ficción* que se presenta cuando asociamos ciertos principios de la memoria y de la imaginación con los hábitos y costumbres, dos elementos clave para que las ideas, a su vez, se agrupen en *opiniones y argumentos*. En ello radica precisamente el rótulo «*subjetivista*» que recae sobre su pensamiento: traslado de la propiedad de belleza de los objetos a los sujetos como tal,

delegando en estos últimos la responsabilidad de establecer una sintonía con los objetos productores del placer, promulgando así que el placer no se deriva de las propiedades o características de los objetos sino de la concordancia con la estructura de la mente de quien los contempla.

Para D. Hume la belleza reside en un sentimiento particular propio del sujeto. Así pues la idea de comodidad y el placer que ella deriva en nosotros, surge en últimas del cúmulo de impresiones sensibles que son las que finalmente causan en nosotros la idea misma de bienestar. Dicha comodidad no sólo permite develar el conjunto de los principios positivos y negativos del gusto sino que, además, se convierte en un esfuerzo por descubrir de un modo general la manera más efectiva para convencer a las personas cognitivamente insensibles de que no han logrado detectar una -y tal vez la más importante y sutil - características de los objetos, la de la comodidad misma.

Todo lo anterior, lleva a este autor a plantear la necesidad de distinguir entre *un gusto corporal* que nos permite captar de forma individual lo que para los demás no es perceptible y, *un gusto mental* que consiste en una percepción exacta y pronta de la belleza y la deformidad. Percibir la comodidad de

cualquier espacio u objeto resulta ser, en últimas, un ejercicio de la imaginación según el cual convertimos y dominamos lo que él acertadamente llama “sensaciones brutas”. De esta forma la comodidad es un vehículo más que nos permite acceder y conocer de manera inmediata el mundo de la belleza misma. En vista de que el cuerpo no puede explicar por sí mismo la espontaneidad con la que este proceso se nos presenta, éste funciona

Percibir la **comodidad** de cualquier espacio u objeto resulta ser, en últimas, un ejercicio de la **imaginación** a través del cual convertimos y dominamos lo que él acertadamente llama “sensaciones brutas”.



como un espejo o un depósito que capta las sensaciones y vuelve a reflejarlas en el resto de cosas del mundo. Permanentemente la comodidad oscila entre dos movimientos en los que reposa la doble potencia de la subjetividad: el “creer” y el “inventar”. Creemos que la comodidad es una particularidad de los objetos que es posible inferir de una parte que no nos ha sido dada y que siempre está en permanente elaboración. Por su parte, inventar es construir totalidades funcionales, funcionalidades que tampoco se hallan presentes en la naturaleza. Creer e inventar son la base misma de un sistema en el que, al superar lo dado, el sujeto se inserta de otra manera en el mundo.

Addison Joseph (1991). Los placeres de la imaginación y otros ensayos, Editorial Visor, Madrid, España.

Bozal Valeriano (1996) Historia de las ideas estéticas y de las teorías artísticas contemporáneas. Editorial. Graficas Rógar, S.A., Madrid, España.

Bozal Valeriano (1994) El Gusto. Graficas Rógar, S.A., Madrid, España.

Bozal Valeriano (1999). La necesidad de la ironía. Editorial. Graficas Rógar, S.A., Madrid, España.

Deleuze Guilles (2002) Empirismo y subjetividad. Editorial Gedisa. Barcelona España.

Dickie George (2003) El Siglo del Gusto. La Odisea Filosófica del Gusto en el Siglo XVIII. Editorial La Balsa de la Medusa, 130. Madrid España.

Kant Manuel (1935) Antropología en el Sentido Pragmático. Editorial Revista de Occidente. Madrid España.

Kant Manuel (1991) Crítica de la facultad de juzgar. Immanuel Kant. Editorial Monte Ávila Caracas Venezuela.

López Lloret Jorge. “De la utilidad de la belleza. Argumentos sobre el clasicismo en la estética de David Hume” En: Δείμων Revista de filosofía N° 28 enero / abril 2003 Universidad de Murcia. España.

Maffesoli Michael. (1997). El elogio de la razón sensible; una visión intuitiva del mundo contemporáneo. Editorial Paidós. Barcelona. España.

Hume David, La norma del gusto y otros ensayos, Ediciones Peninsula, Barcelona, 1984.

Hume David, Disertaciones sobre las pasiones y otros ensayos morales, Editorial Anthropos, Barcelona, 1990.

López Lloret. Jorge “De la utilidad de la belleza. Argumentos sobre el clasicismo en la estética de David Hume” Δείμων N° 28 (enero / abril 2003): 25-40 Valencia Universidad de Murcia. Departamento de Filosofía.